

EL SEÑOR DE LA AURORA (*)

Mary Vázquez

*“La historia de América, de los incas acá,
ha de enseñarse al dedillo, aunque no se enseñe la
de los arcontes de Grecia. Nuestra Grecia es
preferible a la Grecia que no es nuestra. Nos
es más necesaria.”*

José Martí.

Personajes:

Fila de indios nahuas, de familias principales.

Bernardino de Sahagún, fraile franciscano.

Señor indio, al servicio de los españoles.

Ministro de Texcoco, medio hermano del rey Nezahualcoyotl.

Un pintor de códices

Jefe de un distrito cívico y agrario (calpulli)

Azoquentzin, hijo natural de Nezahualcoyotl, 17 años.

Guardia.

Cargador 1o.

Cargador 2o.

Nezahualcoyotl, rey de Texcoco, 62 años.

Xochitl (Azcalxochitzin), princesa mexicana, esposa legítima de
Nezahualcoyotl, 38 años.

Abuela mayor.

Abuela menor.

Hermana menor del rey.

Gran Sacerdote de Texcoco

Moctezuma I Ilhuicamina, Emperador de México, alrededor de 60
años.

Señor de Tlaxcala.

(*) Premio Nacional de Literatura, categoría Dramaturgia, del Ministerio de Educación y Cultura, correspondiente a 1998.

Señor de Tlacopan.
Tlacaclael, Gran Consejero de Moctezuma, 66 años.
Mensajero.
Voces de los antepasados

Emperador de México sucesor de Moctezuma.
Señor de Tlacopán., sucesor del anterior .
Hijo natural de Nezahualcoyotl, futuro regente de Texcoco y tutor del heredero, 45 años.
Nezahualpilli, príncipe heredero, 7 años.

La acción del Prólogo transcurre en un camino del Valle de México, en 1536, quince años después de la conquista de México por Hernán Cortés. La acción principal, transcurre entre la mañana de un día de 1464 y el amanecer del día siguiente, en el palacio real de Texcoco, en el palacio real de México-Tenochtitlán y, nuevamente, en Texcoco -palacio y gruta cercana a la ciudad-. La acción del Epílogo, en el palacio real de Texcoco, en 1467, año de la Profecía , en 1472, año de la muerte de Nezahualcoyotl y en un camino del Valle, en el año 1536..

Nota:

La mayor parte de los poemas que aparecen en la obra, pertenecen a Nezahualcoyotl, aunque, también, podrán encontrarse fragmentos de antiguos cantares nahuas, de un himno sagrado azteca, de un canto de placer de Tlaltcatzin, poeta de la región texcocana del siglo XIV. Las palabras de la Voz del Futuro, pertenecen a Marcos de Chiapas.

Prólogo. El mundo sin padre

1536. Valle de México. Una fila de indios viene cantando tristemente. Algunos visten túnicas blancas raídas y calzan viejas sandalias. Otros van descalzos. Los encabeza y conduce un indio mayor, que tiene algún elemento español en su vestimenta. Un fraile, que viene de camino, se detiene y los escucha atentamente.

- Indios: Za zan nonopecteca
 zan nitotiniemi
 in tenahuac.
 Zan ye ica nichoca.
 ¡nicnotlamati!,
 no nicnocahualoc
 in tenahuac tlatipac...
- Bernardino: (Al indio jefe) Diles que se detengan un momento,
 por favor, y respóndeme, si es tu gusto. ¿Quiénes son
 estos hombres y qué van cantando?
- Señor indio: (Con leve dificultad al emplear el español) Nacieron
 en Texcoco y los llevo a Mexico: harán reparto de
 ellos, como criados en casas principales. Y van muy
 tristes... ¡desolados!, porque nunca antes habían
 servido y no saben qué les espera.
- Bernardino: Y, ¿qué iban cantando? Algo entendí y me parecieron
 palabras muy sentidas.
- Señor indio: Para que aliviaran su pena les pedí que cantaran los
 versos de su bisabuelo, el rey Nezahualcoyotl.
- Bernardino: ¿Cómo? ¿Son descendientes del rey poeta?
- Señor indio: Si; todos.
- Bernardino: Antes de seguir, permítame que anote esos versos. (Se
 sienta en una piedra y saca recado de escribir). Ve
 traduciéndolos al castellano. Yo todavía no domino
 tu lengua.
- Señor indio: Es el Canto de la huída, que Nezahualcoyotl compuso
 cuando andaba por estos mismos caminos huyendo
 de los enemigos que le habían matado el padre y
 quitado el reino y dice así: “Za zan nonopecteca...
 Me he doblegado / zan nito... / Inclino la cabeza / in
 tenahuac... Al lado de la gente / Zan ye... Por eso me
 aflijo / ¡nicnotlamati!... ¡Soy tan desdichado! / No

- nicno... He quedado abandonado / In tenahuac tlatipac... Al lado de la gente de la tierra/.
- Bernardino: Es fácil entender por qué eligieron estos versos.
- Señor indio: Si. Sólo que al cabo de los años aquel gran rey subió de menos a más, mientras que estos pobrecitos...
- Bernardino: No van encadenados. ¿Por qué no se escapan?
- Señor indio: ¿Adónde? ¡Ay, hermanito! “¿Adónde iremos / donde la muerte no exista?” Esos también son versos de nuestro rey.
- Bernardino: Tú pareces instruído. Escucha: cuando llegues a México ve por el convento de los franciscanos. Seguro sabes más poemas compuestos por tu rey y, a lo mejor, hasta guardas en tu casa algún libro de pinturas, con la historia de su vida. Como este, ¿ves? (Saca de entre sus ropas un pequeño libro plegado, de pinturas). Sí
- Señor indio: ¿Por qué preguntas?
- Bernardino: ¡Míralo, siquiera!
- Señor indio: ¿Por qué me acosas? No está bien saber mucho de las cosas antiguas. ¿No dicen ustedes que en todo lo nuestro está la garra del demonio?
- Bernardino: No tengas miedo. En el convento pregunta por mi; soy fray Bernardino. Pero, ¡cuidado!, si llevas algo, que sea bien escondido. No dejes que nadie lo vea.
- Señor indio: Y tú, ¿no tienes miedo del señor obispo, hermanito?
- Bernardino: (Sonriendo) No.
- Señor indio: Eres joven todavía pero tu rostro sabio deja ver un corazón firme.
- Bernardino: ¿Irás?
- Señor indio: No sé. Mi corazón ha perdido su firmeza. Ya ves qué encargo tan vergonzoso voy cumpliendo! (Hace un gesto a la fila para que siga marchando. Poco a poco, los indios, vuelven a cantar).
- Bernardino: (Al que se aleja) No dejes de ir. Tú y yo todavía podemos salvar algo.

Escena I. La sombra del árbol

La acción retrocede setenta y dos años. 1464. Salón en el palacio real de Texcoco. Encalado, casi sin adornos. Algunos bancos, esteras pintadas, para sentarse. En escena Tzontetochatzin, ministro de confianza y hermano del rey; el Jefe de un “calpulli”; Azoquentzin ; un pintor de códices; dos ancianas custodiadas no muy de cerca por un guardia; dos cargadores y, por último, Nezahualcoyotl.

- Jefe: (Persiguiendo por el salón al ministro). Permíteme verlo. El me va a recibir.
- Ministro: ¡Te digo que no tiene tiempo! Ya sale para Tenochtitlán... Y, antes, tiene que dejarme resueltos varios asuntos. (Al pintor, que está preparado) Continuemos: “Ningún mercader texcocano puede, encontrándose de viaje o en alguna feria, levantar querrela, ni provocar, ni aceptar provocaciones de hombres de origen azteca, sean estos mercaderes, recaudadores de tributos o simples particulares”...
- Jefe: (Que ha estado escuchando). ¡Ja! ¿O sea que hay que acariciar al jaguar?
- Ministro: (Fastidiado) Oye, cuida tus comentarios o te haré echar. Ve allí, con los que esperan.
- Azoquentzin: Tío, ¿harás que me atienda?
- Ministro: No sé, no sé, Azoquentzin. Mira, hazme un favor: ve a las galerías a ver si ya aprontaron la embarcación para tu padre (Azoquentzin va saliendo). Escucha, ven, ¿qué es eso que tanto quieres decirle?
- Azoquentzin: ¡Nada! Sólo pedirle que me lleve con él.
- Ministro: Está bien; ve rápido. (Azoquentzin inicia mutis) (Al pintor) Prosigamos.
- Jefe: (A Azoquentzin que va saliendo, en voz alta). ¡Somos amigos!
- Azoquentzin: ¿Qué?
- Jefe: Tu padre y yo somos amigos. Cuando el difunto rey lo nombró heredero, yo bailé para él en la ceremonia.
- Azoquentzin: ¡Ah!, ¿si?... (Sale)
- Ministro: (Al campesino) ¡Junto a setecientos jóvenes más! ¡Hazme el favor! (Al pintor) “Por el contrario, el pochteca texcocano, debe mostrarse discreto y conciliador”. A ver, dame. Espero que le parezca bien.

- Jefe: (Que se acercó al ministro, aconsejando) Los mercaderes de Moctezuma están entrenados para ser espías de guerra. Son capitanes disimulados. Hay que andarse con cuidado.
- Ministro: ¿No te fuiste todavía?
- Jefe: Escucha, señor, yo no vengo a molestar; yo soy jefe de un calpulli y el rey es mi amigo... mira... desde el año del Milagro.
- Ministro: Bueno, bueno...(al pintor) ¿Hiciste la copia de la Relación de tributos?
- Pintor: Aquí está, señor, pero no es una copia. Creo que mejoré el original.
- Ministro: A ver, ¿cómo es eso?
- Pintor: Tracé el mapa de la región. A un lado Chalco y al otro los señoríos tributarios de la frontera. Y dentro de cada uno, pinté los correspondientes tributos y sus cantidades.
- Ministro: Muy bien. Perfecto. Déjame. El tlatoani va a quedar muy contento. Puedes irte. (Sale el pintor).
- Jefe: Tu ya no eras tan joven el año del Milagro. Acuérdate. Te tienes que acordar.
- Ministro: (Mirando la Relación de tributos) ¿De qué estás hablando?
- Jefe: Del año del Milagro. Cuando la tierra dio de sí sin que la sembraran, después de la Gran Calamidad.
- Ministro: Ah, sí...
- Jefe: Bueno, él y yo fuimos los primeros en verlo. Después de eso, me permitió que fuera su amigo.

(Entran dos cargadores que traen una especie de gran artesa de madera y un martillo, también de madera).

- Ministro: ¿Qué traen ahí?
- Cargador 1: No sabemos, pero es pesado. Venimos cargándolo desde el barrio de los toltecas. Lo hicieron ellos.
- Ministro: ¿Quién les dijo que lo trajeran a esta sala?
- Cargador 2: El mismo tlatoani. (Lo depositan en el suelo, saludan con reverencia y salen).
- Guardia: (Acercándose al campesino) ¿Cómo fue eso de que presenciaste el Milagro?
- Jefe: Vi al rey atravesando mi campo.

- Guardia: ¿Solo?
Jefe: Sí, solo. Llevaba una túnica gastada y estaba descalzo.
Guardia: ¿Y la litera?
Jefe: No vi litera por ningún lado. Te digo que andaba solo. Esa madrugada yo había salido a buscar alguna raíz para masticar. Nos habíamos comido hasta las semillas de la siembra. El campo estaba pelado. Si. Los terrones tenían filo... De repente, él empezó a correr y yo detrás. Corría hacia una hondonada que hay en nuestro campo como si hubiera visto algo.
Ministro: (Que se ha ido interesando en el relato) ¡Ajá! ¿Y qué era?
Jefe: ¿Qué era? Maíz. ¡El maíz, señor! El maíz que venía brotando por todo el vallecito. ¡Mis ojos no lo podían creer! ¡Nadie lo había sembrado y el maíz brotaba! ¡No podíamos dar crédito a aquella maravilla!

(En ese momento entra Nezahualcoyotl y se dirige directamente al instrumento que dejaron los cargadores. Queda de espaldas a los demás. El Ministro hace un gesto y el guardia aparta a las viejas. El campesino se inclina. También el Ministro. Nezahualcoyotl se vuelve hacia ellos.)

- Nezahualcoyotl: (Al campesino) Tu vozarrón se oye desde lejos. (Complacido) ¡Charlatán! ¿Viniste a visitarme? Algo debe andar mal en tu calpulli.
Jefe: (Se inclina más, toca el suelo con el dedo mayor y lo lleva a la boca). ¡Tlatoani!
Nezahualcoyotl: ¡Habla!
Jefe: Este año, otra vez, el frijol apunta entre las plantas de maíz. Seguramente, se enredará en los elotes maduros.
Nezahualcoyotl: ¡Las bodas de la abundancia! Se acercan buenos tiempos. ¡Bien! (Entusiasmado) Vamos a perder un minuto con esto. Escuchen. Escuchen. (Percute el instrumento y sale un hermoso sonido similar al de una campana, pero más sordo). Es para el templo que voy a construir. Allá arriba, en la novena terraza, sólo habrá música.
Jefe: ¿Vas a poner tambores?
Nezahualcoyotl: Por supuesto. Flautas, sonajas, un gran tambor, cascabeles y esto. (Percute nuevamente, encantado)
Ministro: Señor...

- Nezahualcoyotl: Entonces, ¿vas a preparar la fiesta del elote enredado?
- Jefe: Si. Pensamos comprar una olla de oro y jade para el primer bailarín.
- Nezahualcoyotl: ¿No bastaba una de barro?
- Ministro: Señor, perdona, pero aquí está la Relación de tributos que pediste.
- Nezahualcoyotl: ¿A ver? (Mira el pliego). Buen trabajo. (Al campesino) Así que oro y jade, ¿eh? ¿Te has vuelto ostentoso, amigo mío?
- Jefe: La dejaremos como ofrenda a la diosa, señor, si nos ayuda en un asunto.
- Nezahualcoyotl: ¿Qué asunto?
- Jefe: Los sacerdotes del templo de Huitzilopochli reclaman nuestras tierras. (Silencio).
- Nezahualcoyotl: ¿Has dejado tierras sin labrar?
- Jefe: No, señor. ¡Envía a tus veedores!
- Nezahualcoyotl: Por supuesto. Ahora bien, si no mientes, no tienes por qué temer (al Ministro) Hermano...
- Jefe: Es que hay algo más, señor.
- Nezahualcoyotl: ¿Sí?
- Jefe: Ellos nos amenazan. No, abiertamente; pero, un día nos dicen una cosa, otro día otra...
- Nezahualcoyotl: Habla claro.
- Jefe: Un día dicen que Huitzilopochli necesita más servidoras para el templo. Otro, que si no entregamos nuestras niñas van a llevar a nuestros hijos varones a la piedra del sacrificio.
- Nezahualcoyotl: ¿Aquí, en Texcoco? No saben lo que dicen. Se les va la lengua. Yo hablaré con ellos. Vete en paz.
- Jefe: Tlatoani, tú eres un árbol frondoso para tus hijos. Tú nos llevas en tu regazo. (Hace una reverencia y sale).
- Nezahualcoyotl: (Furioso) ¿Oíste eso? Edifican un templo a Huitzilopochli contra mi voluntad; ahora, pretenden tierras que no les pertenecen y, encima, amenazan con practicar sacrificios humanos.
- Ministro: Señor, ellos los vienen practicando en secreto, de cuando en cuando. Tú bien lo sabes.
- Nezahualcoyotl: (Pausa. No contesta). Es una marea de sangre que va en aumento. Pero yo voy a cortar esto de raíz.
- Ministro: ¿No será un intento vano? ¿Cómo vas a conciliarlo con la necesidad de la Alianza?

- Nezahualcoyotl: Quetzalcoatl. La vieja doctrina. La gente contenta y trabajando en paz.
- Ministro: ¡En paz! ¿Y la guerra con Chalco? ¿Cuánto dura ya? Cuarenta años. Y hablas de paz.
- Nezahualcoyotl: Sí. Hay que empezar por bajar los tributos a los señores de la frontera que detiene a los chalcas. Voy a aprovechar para discutir esto (hace referencia a la Relación de tributos) con Moctezuma y el de Tlacopán. (Se lleva la mano a los ojos).
- Ministro: ¿No te sientes bien, señor?
- Nezahualcoyotl: (Reaccionando) Desearía no tener que ir a esa ceremonia.
- Ministro: Debes embarcar enseguida si pretendes llegar para el banquete.
- Nezahualcoyotl: Seguramente, nos prepara un gran espectáculo.
- Ministro: ¿Quién?
- Nezahualcoyotl: El primo Moctezuma.
- Ministro: Querrás decir Tlacaelel.
- Nezahualcoyotl: Sí. El primo Tlacaelel.
- Ministro: Por lo menos, ahora, en el sacrificio gladiatorio, parece que la víctima tendrá oportunidad de defenderse.
- Nezahualcoyotl: (Estallando) ¡Con un palo emplumado y atado del tobillo a la piedra del sacrificio, contra cuatro Guerreros-Jaguar y sus filos de obsidiana!
- Ministro: No puedes dejar de ir.
- Nezahualcoyotl: ¡Ya lo sé! ¡Ya lo sé! ¿Terminaste el Instructivo para nuestros mercaderes?
- Ministro: Sí, señor. Aquí está.
- Nezahualcoyotl: Dámelo. Lo voy a mirar en la travesía. Voy a salir al lago por el canal subterráneo. ¿Estará pronta la embarcación?

(El ministro va hacia la entrada y habla con Azoquentzin, que llega corriendo, mientras el rey, que ha quedado solo, percute, en actitud pensativa, el instrumento musical. En ese momento, en un lugar, preferentemente más alto, aparece la figura bellísima de Xochitl que contemplará la escena sin ser vista).

- Ministro: (Volviendo). Todo está listo, señor.
- Nezahualcoyotl: No quiero que los vecinos de Texcoco me vean ir a esa fiesta repugnante. Prosigamos.

- Ministro: Señor, permíteme. Tu hijo Azoquentzin, solicita permiso para hablarte.
- Nezahualcoyotl: ¿Sabes qué quiere?
- Ministro: El príncipe desea acompañarte a la ceremonia.
- Nezahualcoyotl: (Furioso) ¿Por qué le llamas príncipe? Tú sabes bien que Texcoco no tiene príncipe.
- Ministro: (Compungido) ¡Señor!...
- Nezahualcoyotl: ¡Desde que el príncipe que tenía violó la ley!
- Ministro: Perdóname, hermano.
- Nezahualcoyotl: (Deponiendo su ira, con gran dolor) Creo que lo voy a llorar toda la vida.
- Ministro: Era un muchacho cruel, soberbio, desleal. Hiciste justicia.
- Nezahualcoyotl: (Defendiéndolo) Un joven magnífico. Niño prodigioso le llamábamos. ¿Te olvidaste? Buen poeta... Guerrero valiente. ¿Cómo pudo volverse contra mi?
- Ministro: Querido señor, deja que el tiempo pase.
- Nezahualcoyotl: ¡La reina insiste en que todo fue una intriga sutil de Eyahue y su madre para suprimir al heredero legítimo! (Agitado) ¿Dónde está la verdad? ¿Era un traidor? ¿No era un traidor? Entre todas las concubinas, la madre de Eyahue es la más inteligente y ambiciosa.
- Ministro: Como hijo de concubina Eyahue no tiene la menor posibilidad de heredarte.
- Nezahualcoyotl: (Ansioso) ¿Dónde está la verdad? Te juro que me duele el corazón. “Lo que es verdadero dicen que no es verdadero”... ¡A veces estoy tan confundido! Hasta he llegado a pensar que ni el Dador de la Vida es verdadero.
- Ministro: Hermano, no te angusties. Piensa. ¿Para qué iban a intrigar en contra del príncipe?
- Nezahualcoyotl: (Aflojándose) Es que el tiempo corre a su favor. Yo estoy entrando en la vejez. La reina se va haciendo mayor.
- Ministro: Aún puede darte un hijo.
- Nezahualcoyotl: Su amor no ha resistido la prueba... ¡Si yo estuviera seguro de que la decisión fue justa!
- Ministro: No lo juzgaste tú solo. No te atormentes más. Piensa en tus otros hijos.
- Nezahualcoyotl: No tengo heredero.

- Ministro: Piensa en el pedido de Azoquentzin. Quiere acompañarte hoy.
- Nezahualcoyotl: (Reaccionando) ¡No! Es un pichón de guerrero y el espectáculo que preparan en Tenochtitlán podría entusiasmarlo. No. Primero, tiene que aprender cuándo es lícito matar. No quiero que vea como normal ese festín sangriento. (En ese momento, sale Xochitl). ¿Qué más tenemos? Quiero decir: ¡No lo voy a recibir! ¿Nos vamos?
- Ministro: No, señor. Hay un caso criminal que te envía el Consejo.
- Nezahualcoyotl: Bien. ¿Qué es?
- Ministro: (Hacia afuera). Hagan pasar a las acusadas. (Entran las dos mujeres de 75 y 80 años. Son vivaces y de agradable presencia, pero están asustadas).
- Nezahualcoyotl: ¿Qué hacen estas mujeres aquí?
- Ministro: Son las acusadas.
- Nezahualcoyotl: ¿De qué?
- Ministro: Adulterio.
- Nezahualcoyotl: ¿Adulterio? ¿En el pasado?
- Ministro: No. Actual. Se ha comprobado que las frecuentan dos cargadores al servicio de mercaderes, que, a la vuelta de sus viajes, les han dado regalos muy costosos: brazaletes de jade, camisas, enaguas de algodón bordado y hasta un peto de plumas que recibió la menor...
- Nezahualcoyotl: ¿Y los esposos no están enterados? ¿Por qué no están aquí sosteniendo la acusación?
- Ministro: En consideración a su edad y estado de salud, el jefe del calpulli procedió de oficio; se ha obrado con el mayor secreto. Ellos aún no saben nada.
- Nezahualcoyotl: ¿Y los jueces qué dicen?
- Ministro: No saben qué hacer, señor. Si ellas mueren, no hay quien cuide de los dos viejos.
- Nezahualcoyotl: (Consternado, suspira) Increíble. Bien: hablemos con ellas.

(El Ministro les hace una seña y ellas se acercan haciendo reverencia al rey).

Nezahualcoyotl: Abuelitas, abuelitas, ¿qué han hecho? A su edad... ¿Cómo? ¿Todavía no han saciado sus ansias? Si ahora andan en estos lances, ¿cómo habrán sido en la juventud? ¿Acaso el Dador de la Vida las dotó de fuerza extraordinaria? ¡Y con hombres jóvenes! Tienen que explicarme esto.

Abuela menor: (Muy suelta de cuerpo): ¿Por qué te sorprendes, mi señor? Tú, que llevabas bordado en tu estandarte de guerra la palomita de una mujer, ¿acaso no sabes nada sobre ellas?

Abuela mayor: ¡Cállate, hermana!

Abuela menor: (Inconsciente del riesgo) En los jardines de Tetzozinco, las tontas jóvenes que te recrean, ¿no te han enseñado?

Ministro: Mujer, tú no puedes ignorar que el adulterio se castiga con una muerte terrible. No agraves tu situación.

Nezahualcoyotl: Les he hecho una pregunta. ¿Será que el Dador de la Vida les dio algún don extraordinario? Sólo probándome eso, podrán escapar con vida.

(Ante las anteriores palabras del Ministro, las viejas se agitaron temblorosas y se abrazaron. Ahora, la mayor, con cautela, como quien arriesga el paso sobre un puente colgante, a punto de caer):

Abuela mayor: Tú debes saber, señor, que el Dador de la Vida, ha hecho distintos a los hombres y a las mujeres.

Nezahualcoyotl: Si; pero todos deben acatar la ley por igual.

Abuela mayor: Yo... no hablaba en ese sentido, señor... En fin, voy a decirte lo que la vida me ha enseñado... aunque la pierda por eso. La verdad es que... ustedes, los varones, se aflojan muy pronto, se cansan y se gastan. De pronto, nos encontramos con que se acabó todo... ¡ya no quieren nada más! Su palo, ya no desea horadar la tierra; y ¿qué se le va a hacer?... Pero nosotras, las mujeres, no tenemos de donde aflojarnos... somos una cueva, un abismo, siempre esperando su regalo. ¿Por qué no hemos de seguir recibéndolo si nuestro deseo permanece?

Abuela menor: Señor, hemos trabajado con nuestros brazos, con nuestras piernas, con nuestras espaldas, muy duramente. Hemos parido muchos hijos. Servimos con diligencia a nuestros maridos viejos y no les dejamos

faltar nada. ¿Por qué nuestro cuerpo pequeño y sufrido, no ha de seguir recibiendo su paga preciosa, si se la ha ganado? (Pausa)

Nezahualcoyotl: (Bajo, al ministro) ¿Tú qué dices?

Ministro: No nos dejan muy bien parados.

Nezahualcoyotl: (Con intención) ¡Precisamente!... ¿Sabes?, me han puesto de buen humor. Las dejo en tus manos (Va saliendo y se vuelve). Aconsejo clemencia (Sale).

Ministro: (A las viejas, que esperan muy serias la sentencia) ¡A volar! ¡A volar! Díganle al jefe de su calpulli que mi señor las ha perdonado. (Las viejas emprenden la salida casi corriendo)

Ministro: (Terrible) ¡Un momento! (Las viejas se detienen horrorizadas). La próxima vez, sean más discretas.

Escena II. La lección de la tía

Azoquentzin, hijo natural del rey, está solo, muy abatido. Entra la hermana menor del Rey, su tía, con un libro de códices en la mano, que perteneció a su esposo, un tlamatine o sabio. Se dirige directamente al muchacho..

Hermana menor: Estás triste, sobrino.

Azoquentzin: (Se encoge de hombros) No tiene remedio, señora. A estas horas ya debe ir navegando por el lago

Hermana menor: Oí que tu hermano Moxiu organiza una cacería. ¿Por qué no vas con él?

Azoquentzin: Tía, vives encerrada entre los libros del difunto. No te enteras de nada. Moxiu se fue hace siete días.

Hermana menor: ¿Yaún no ha vuelto? ¿Con quién iba?

Azoquentzin: Con unos primos mexicas, no sé... Iban rumbo a la frontera con Chalco donde dicen que se han visto muchos ocelotes. Yo me ofrecí como cargador pero no quiso llevarme.

Hermana menor: Pobre niño desdeñado...

Azoquentzin: ¿Qué llevas ahí?

Hermana menor: En este libro está pintada la historia de nuestros abuelos chichimecas...

Azoquentzin: ¿Puedes leerlo? ¿Te enseñó tu marido? ¿Puedes pintar historias?

Hermana menor: Pintar, no. Lo que mi marido dejó lo voy leyendo y después lo entrego a la Biblioteca real.

Azoquentzin: Nunca entré ahí.

Hermana menor: Vale la pena.

Azoquentzin: Libros llenos de mentiras... ¿Para qué conservarlos? Que mi padre no los cuide tanto. Uno de estos días Moctezuma le manda la orden de quemarlos.

Hermana menor: Tu padre no acepta órdenes de nadie. Ni de Moctezuma. Por el contrario, el Señor Terrible, muchas veces, le pide consejo.

Azoquentzin: (Incrédulo) ¿Sí?

Hermana menor: (Mirando el libro que tiene en la mano) Los mexicas, poco menos, quieren hacernos creer que el mundo empezó con ellos.

Azoquentzin: ¿Qué quieres decir, tía? ¿El mundo, acaso, no empezó con ellos? O por lo menos, ¿todo lo que vale la pena en el mundo?

Hermana menor: (Ríe , mirándolo con ternura y se sienta a su lado) Escucha, niño:

“Cuando aún estaba la noche,
cuando no había día,
cuando aún no había luz,
se reunieron los dioses
allá, en Teotihuacán...”

Y encendieron una hoguera enorme. Y un dios feo y contrahecho fue el primero que se animó a arrojarse al fuego y salió transformado en el sol. Y otro, bellísimo, muy avergonzado por no haber sido el primero, se arrojó enseguida y salió transformado en la luna. Por eso, a Teotihuacán, le llaman el fogón divino... Así empezó el mundo.

Azoquentzin: ¡Ay, tía!, yo conozco esa ciudad. Desde que mi padre casó a la tía Tzinquetzal con el señor de Teotihuacán, he ido varias veces. Las pirámides del Sol y de la Luna parecen cerros, llenos de malezas. Dicen que fueron hechos por gigantes. Pero todo está en ruinas, polvoriento, casi despoblado. ¿Cómo puede compararse con la maravilla de los canales, los palacios y el movimiento de Tenochtitlán?

Hermana menor: Teotihuacán fue más grande y más bella que Tenochtitlán. En ella reinó la Serpiente alada, nuestro príncipe Quetzalcoatl. Tus amados aztecas no habían salido de sus cuevas, quizás vagaban perdidos por el Norte, cerca del Mictlán, por el reino de las nieblas y los muertos y ya Quetzalcoatl había descubierto el maíz y se lo enseñaba a plantar a su pueblo y también le enseñaba a hacer cosas bellísimas con las manos. Los teotihuacanos, como sus herederos, los toltecas, fueron artesanos de corazón endiosado, verdaderos artistas que enseñaron a mentir al barro, porque sabían dialogar con su propio corazón.

Azoquentzin: Tía, ya estoy grande para cuentos de niños...

Hermana menor: (Sin oírlo) Después Quetzalcoatl se fue.

Azoquentzin: Si, en el Calmecac nos aburren con eso. Se fue por el Oriente en una balsa y algún día va a volver a reinar sobre nosotros. Yo no lo creo.

Hermana menor: Yo tampoco. Más bien creo que él llegó a la orilla del mar y, agobiado, porque había permitido que el mal penetrara en su pueblo inocente, hizo una gran hoguera con sus manos y se arrojó al fuego.

Azoquentzin: Entonces murió para siempre. ¿Y cómo dicen que es un dios?

Hermana menor: Cuando se inmoló, sus carbones ardientes echaron alas y volaron muy alto y así, apareció en el cielo, por primera vez, el lucero.

Azoquentzin: ¿El lucero del alba?

Hermana menor: El lucero de la tarde y el lucero del alba, que son una misma cosa. El es luz, ahora, y vive. Vivió en Teotihuacán y cuando Teotihuacán fue abandonada, vivió en el corazón de los toltecas por larguísimos años; y cada pueblo que fue llegando al Valle bebió de esa luz. También nuestros antepasados, los feroces chichimecas. Dulcificaron su lengua, suavizaron sus costumbres, aprendieron a trabajar el barro.

Azoquentzin: Moctezuma no es alumno de ese Señor de la Aurora.

Hermana menor: No pienses en él. Piensa en tu padre.

Azoquentzin: ¡Mi padre!... El fue un gran guerrero... Pero ahora... A veces me parece que no sabe qué camino tomar.

Hermana menor: A la Serpiente le cuesta mucho esfuerzo levantarse del barro...se arrastra...intenta volar...y cae... Pero confía en él (Con entusiasmo) Cuando lo veas trabajar, cuando lo veas construyendo las calzadas, los diques, los palacios, los baños de púrpura rojo de Tetzozinco o reuniendo a los poetas de Anahuac rezando en mitad de la noche, preocupado por sus hijos y por el maíz que tarda en crecer!, piensa en aquel dios antiguo que lo inspira y deja de lado tu entusiasmo por los dioses sangrientos.

Azoquentzin: (Con dulzura) Eres muy sabia, tía... pero en Tenochtitlán, también a Quetzalcoatl le ofrendan corazones humanos.

Hermana menor: ¡Es una traición!
 “en su casa de travesaños color turquesa,
 en su casa de coral,
 en su casa de caracoles,
 en su casa de plumas de quetzal...
 allí hacía súplicas,
 hacía penitencias y ayunos.
 Y cuando hacía ofrendas,
 su ofrenda consistía en culebras, pájaros,
 mariposas que él sacrificaba”.

Azoquentzin: No me convences, tía. Ese Quetzalcoatl es un perdedor. Abandonó a su pueblo porque le pesaban sus culpas... ¿De qué sirve eso? En cambio, Huitzilipochli guió a su pueblo por los pantanos, entre las víboras, en medio de las flechas de los enemigos, con hambre, con sed; ¡nunca los abandonó!

Hermana menor: ¡La carne de Quetzalcoatl se transformó en luz!

Azoquentzin: ¡Oh, el colibrí divino, el Sol - Huitzilipochli, luce tan bello cuando recibe su alimento de sangre! Sale de él tal resplandor de fuego! Como si llevara un manto de granates.

(El Gran Sacerdote, vestido de negro y con el pelo largo, que se paseaba desde hace un rato, se acerca)

G. Sacerdote.: Veo, señora, que estás dando lección a tu sobrino.

Hermana menor: Azoquentzin quédate con el libro, por ahora. Yo te voy a ayudar a descifrarlo.

G.Sacerdote: Azoquentzin disfruta más con los ejercicios militares que con el estudio.

(En este momento aparece Xochitl en otro lugar del escenario. La tía y el sacerdote, no la ven).

Hermana menor: Pero si quiere ser un buen guerrero, va a tener que estudiar en los libros el arte de la guerra. Toma. (Azoquentzin recibe el libro y se aparta. Ve a Xochitl, va hacia ella y le hace una reverencia. Xochitl contesta levemente y sale). Es una buena ocasión para que hablemos.

G. Sacerdote: Salgo para Tenochtitlán. He sido invitado. De cualquier manera, quiero decirte que tienes una forma de adoctrinar al muchacho que lo puede confundir. Yo podría aclararte algunos puntos.

Hermana menor: Tengo todo muy claro, gracias. Quiero hablarte sobre la poquísima comida que les das a tus pupilos del Calmecac. Los que no tienen madres principales que les alcancen el alimento mientras tú haces la vista gorda, se enferman de hambre. ¿Acaso son pobres los tributos que recibe el templo? ¿Olvidaste que debes velar por esos niños como un buen padre? Te has vuelto duro y avaro.

G. Sacerdote: ¡No es avaricia! ¿Quieres que crezcan entre blanduras y almíbares?

Hermana menor: Quiero que crezcan, solamente. ¡Piénsalo! Mi hermano está en conocimiento de tus excesos. Tú verás cómo lo arreglas. Vamos, sobrino. (Se dirigen hacia la salida)

Azoquentzin: Tía, la reina estaba aquí.

Hermana menor: (Sorprendida) ¿Aquí?

Azoquentzin: ¡Sí!

Hermana menor: (Sonríe) Ha dejado su encierro.

Escena III. Moctezuma, Flechador del cielo

Salón en el palacio de Moctezuma Ilhuicamina. Ha pasado el mediodía. El decorado es bello, polícromo y rico, en contradicción con el de Texcoco, blanco y austero.

Nezahualcoyotl, de espaldas, está contemplando la ciudad, inmóvil. Moctezuma entra, se detiene y sonríe feliz al ver a Nezahualcoyotl.

Es más alto que él y conserva la esbeltez y los movimientos felinos de la juventud. Tiene brillantes ojos de fanático. Trae un largo canuto con el cual fuma, distendido. Dice los versos con gran naturalidad y placer.

Moctezuma: “Haciendo círculos de jade está tendida la ciudad; irradiando rayos de luz como pluma de quetzal, aquí está México”.

Nezahualcoyotl: (Siguiéndole el juego)

“Hacia acá vienen las barcas trayendo a los príncipes. Sobre ellos se extiende una niebla florida...”

Moctezuma: ¿Qué más ves, papagayo de gran cabeza?

Nezahualcoyotl: “Una garza azul que extiende sus alas volando”

Moctezuma: “Es el Dador de la Vida que reina en mi casa que abre sus alas y embellece a mis siervos”.

(Silencio. Nezahualcoyotl no contesta)

Moctezuma: Temí que no vinieras.

Nezahualcoyotl: No quería venir. Tú sabes por qué,

Moctezuma: ¡Primo! Hoy es un día de gloria para mí. ¿Cómo podías no estar a mi lado? ¿Viste la piedra Tonalacatl? ¿Su diámetro? ¿Lo que mandé labrar sobre ella?

Nezahualcoyotl: No.

Moctezuma: ¡Azcapotzalco! Tu reconquista. La gran batalla de nuestra juventud. Tú entrándoles por Tlacopan. Arrancándole el corazón al usurpador. Levantándolo hacia el sol y ofrendándolo a Huitzilopochli.

Nezahualcoyotl: ¿Hiciste grabar eso? ¿Por qué? Sabes bien que yo ofrendé el corazón de Maxtla a la sombra de mi padre asesinado y no a dios alguno. (Silencio) Vengué al niño aterrorizado que vio asesinar a su padre escondido en la copa de un árbol. Vengué tantos años de dolor, de injusticia, de traición.

Moctezuma: Estuvimos juntos allí. Tlacaelel también.

- Nezahualcoyotl: Si. También.
- Moctezuma: Te ayudamos a recuperar lo tuyo. Te devolvimos tu reino.
- Nezahualcoyotl: (Divertido) Me ayudaron a vencer al tepaneca y después, se arrepintieron y querían quitármelo todo.
- Moctezuma: Nunca rompimos nuestro pacto de sangre.
- Nezahualcoyotl: No; sólo que tuve que recordárselo a tu padre presentándome ante él, al frente de un ejército. Pero, en fin, mi ejército, ahora, combate bajo tus órdenes. Estamos a mano.
- Moctezuma: No se trata de quién le debe a quién. Pero... Tengo una queja... Tu gente mata al enemigo en el campo de batalla. Casi no hacen prisioneros. Eso no es lo convenido.
- Nezahualcoyotl: Lo convenido para las guerras floridas se cumple. Pero en los otros encuentros, mis soldados se comportan como buenos guerreros. No como proveedores del verdugo.
- Moctezuma: (Enojado) Cuidado, primo. (Pausa) Es el alimento indispensable para Huitzilopochli. (Pausa) ¿Por qué no crees en nuestro dios? ¿Por qué no quieres entendernos? ¿Por qué dejaste de amarnos?
- Nezahualcoyotl: Detesto el exceso, Moctezuma. ¡Este baño continuo de sangre! ¡Desde los setecientos corazones chalcas que engalanaron tu coronación hasta las actuales guerras floridas, ese enorme error de tu Gran Consejero, que convierte en enemigos mortales a tus vecinos de puerta! (Pausa. Moctezuma no responde) ¡Si! El peligro está a las puertas de tu casa, Moctezuma, y no lo ves.
- Moctezuma: ¿Qué quieres decir? ¿Hablas de los tlaxcaltecas? Nunca se atreverán a rebelarse. Los gobernantes están cebados por nosotros, como techichis. Y el ejército... desangrado... ¡o imbuido de nuestra mística! Se ha dado el caso de algún hombre al que ofrecí la libertad a cambio de que se pusiera a mi servicio y me la rechazó. ¡Prefieren morir por la gloria de Tlaxcala y pasar a vivir eternamente junto al Sol! Además, ¡yo no puedo equivocarme!; estoy en manos de Huitzilopochli. El me habla sin descanso, como cuando guiaba a mi pueblo hacia la tierra de

promisión. Parece cruel, si, pero, ¡qué hábil es! Me aconseja en todo. Yo, sólo obedezco. Y él me paga con creces esa obediencia. Tu has visto el río de tributos que desemboca, diariamente, en Tenochtitlán, por sus cuatro calzadas. ¿Cómo podría, de otra manera, esta capital, ser tan grande, poderosa y bella?

Nezahualcoyotl: Tributos. Escucha. Hay algo urgente. Tenemos que bajar los tributos a los señoríos que lindan con Chalco.

Moctezuma: (Fastidiado) Si, lo estudiaremos. Pero, ahora, no hay que pensar en asuntos de gobierno. Hoy, estamos de fiesta. Si; estrenamos la piedra Tonalacatl pero... además, (con misterio) hay algo que todavía no se ha hecho público. (Pausa) Anoche volvió la expedición que salió en busca de la ciudad de Aztlán, la cuna de los aztecas.

Nezahualcoyotl: ¿Mandaste una expedición a buscar Aztlán?

Moctezuma: Hace meses. Creí que los habían aniquilado. Pero volvieron y trajeron noticias, que serían difíciles de creer, si la gente que iba al frente, no fuera tan confiable. Pero, la verdad es que yo estaba seguro del éxito.

Nezahualcoyotl: ¿Y qué noticias son esas?

Moctezuma: No sólo han descubierto las siete cuevas de donde partió el pueblo azteca sino que, sentada, a la orilla de la gran laguna, han podido ver ¡y hasta hablar! con la madre de nuestro dios, con la gran Coatlicue.

Nezahualcoyotl: (Se lo queda mirando, incrédulo). ¡Ah!, ¿si? Y te mandó algún mensaje por medio de esos hombres tan confiables?

Moctezuma: (Reaccionando con violencia) ¡No te atrevas a burlarte! (Pausa)

Nezahualcoyotl: (Con suavidad y firmeza) ¿Qué les hubiera pasado a esos hombres, si hubieran vuelto con las manos vacías? (Moctezuma no contesta). No te preocupes. No pienso interferir en tus manejos internos. Háblame de la ceremonia que vamos a ver.

Moctezuma: (Despectivo) ¿Tienes miedo de impresionarte? (Seco) Sólo se trata de una muerte en combate. (Pausa. Intentando captarlo) Si no te conociera a fondo, si no te hubiera visto pelear tantas veces a mi lado... (Se oyen bocinas de los sacerdotes y cánticos). Va a

empezar la ceremonia. (Van entrando los señores de Tlaxcala, Huetzocinco, Tlacopan. También, Tlacaelel).

Aquí, príncipes, vayamos a honrar a Xipé,
el que cambia de piel.

Es tiempo de siembra,

Es tiempo de verdor,

Celebremos el renacer de la vida.

¡Vamos! Los prisioneros elegidos son fieros. Se van a defender. Tendremos un hermoso espectáculo.

Abre la marcha hacia el lugar del sacrificio que queda fuera de la vista. Lo siguen varios señores, cargados de guirnaldas, abanicos y objetos preciosos que Moctezuma les ha dado durante el almuerzo. Al ir saliendo se oye un coro que recibe a Moctezuma, cantando:

“Orgullosa de sí misma
se levanta la ciudad de Tenochtitlán.
¿Quién podrá sitiarla?
¿Quién podrá conmovier los cimientos del cielo?”

Escena IV. La alianza florida

El Señor de Tlaxcala, y el Señor de Tlacopan, son llamados por Nezahualcoyotl y no salen junto con los otros.

Nezahualcoyotl: Señores, por favor, quédense conmigo un momento. Se que va a empezar la ceremonia pero, quiero compartir con ustedes una preocupación.

Sr. de Tlacopan: Habla, gran Nezahualcoyotl, consejero y amigo. El tepaneca, que antes fue tu enemigo, te saluda y te dice: “En verdad, has venido a tener mando / en el trono del Dador de la vida”.

Sr. de Tlaxcala: Habla gran tlatoani. Como señor de Tlaxcala, favorecida tantas veces por ti, abro mi corazón, bien dispuesto, a tus palabras.

Nezahualcoyotl: ¡Oh, señores! “¿Estará en mi mano determinar la manera en que tengo que vivir?” Han de saber que yo no asisto de buen grado a esta ceremonia. Es más, quiero que muy pronto reconsideremos el tema de las

guerras floridas. Xicotencatl, tú, que propusiste esos ejercicios militares que tanto perjudican a tu pueblo, dame un poco de luz en mi ignorancia. ¿Crees, realmente, en la bondad de estas guerras?...

Sr. de Tlaxcala: Señor, tú has hecho mucho por mi pueblo. No te atormentes más. El no te olvida.

Nezahualcoyotl: ¿Hice mucho?... “De cuatro en cuatro, hacia la muerte, en formación, como batallones de descarnados”, veo desfilar a la juventud de Tlaxcala.

Sr. de Tlaxcala: Fue por ti que obtuvieron gracia las mujeres, los hijos y los sirvientes de los guerreros que son capturados.

Nezahualcoyotl: Sí, sí. Pero cada veinte días mis hombres se juntan con los de México y con los tuyos, Totoquihuatzin; entran en combate con los de Tlaxcala, Huetzocinco o Cholula, y regresan con su pesca sangrienta.

Sr. de Tlaxcala: Ustedes no nos invaden, no nos oprimen. Seguimos siendo amigos. Esos hombres, son alimento para el dios que es también el nuestro.

Nezahualcoyotl: Pero, ¿cómo pudiste imaginarlo, Xicotencatl? ¿Cómo pudiste proponer un arreglo semejante?

Sr. de Tlaxcala: No olvides, señor, que los hombres de tu Triple Alianza también caen prisioneros, y también son sacrificados en nuestras aras.

Sr. de Tlacopan:: Huitzilopochli necesita corazones vigorosos que no estén agotados por marchas extenuantes.

Sr. de Tlaxcala: ¿Adónde iría a buscar prisioneros para la piedra del sacrificio? ¿Entre los tarascos de Michoacán? ¿Más allá de las tierras calientes?

Sr. de Tlacopan: Ya no quedan tierras cercanas para conquistar y el dios debe recibir su alimento puntualmente.

Nezahualcoyotl: Si. (Sarcástico) Una solución inteligente y económica. Con este arreglo, cada veinte días y sin mucho gasto, tenemos una hornada de tortillas calientes para el dios. Cada veinte días jugamos a la guerra en el patio trasero de la casa y volvemos cargados con flores pestilentes.

Sr. de Tlaxcala: Las guerras floridas han resuelto un grave problema; pero debo aclararte que, aunque yo las propuse, la idea y el mérito pertenecen a Tlacaeletl.

Nezahualcoyotl: Ya lo sabía. (Pausa) Yo había soñado con algo tan distinto... Pensé que una vez vencidos los tepanecas, mi parentesco con los mexicas, la vecindad a través

del lago, mi largo exilio en Tenochtitlán, hacían posible y conveniente una alianza. Pero yo veía esta unión de príncipes como el principio de una época de prosperidad, y también ¿por qué no?... de un imperio pacífico.

Sr. de Tlaxcala: ¿Un imperio pacífico?

Nezahualcoyotl: Como cuando los nahuas llevaron por toda la tierra un mensaje de amor y de trabajo.

Sr. de Tlacopan: Mi señor, ¡precisamente!...ejercemos una violencia saludable para imponer orden en la tierra y en el cielo. ¿Qué pasaría si una noche, sólo una, el sol, nuestro guerrero, perdiera la batalla contra sus hermanos; si las monstruosas estrellas y los planetas capitaneados por la luna, se apoderaran de él y lo descuartizaran y luego, convertidos en fieras espantosas, bajaran a la tierra para devorarnos?

Nezahualcoyotl: (Fastidiado) Eso no puede pasar.

Sr. de Tlaxcala: (Nervioso) Señor, oigo el llamado de los oficianes. Debemos ir.

Sr. de Tlacopan: Si, señor; mejor, no exponernos a represalias.

Nezahualcoyotl: Está bien. Seguiremos hablando. Xicotencatl, no olvides tu abanico para cubrirte. No queda bien que las víctimas vean que su señor está en el palco de las rosas disfrutando del espectáculo.

Sr. de Tlaxcala: (Volviendo a recoger el abanico) (Sordamente) Yo no disfruto del espectáculo. (Salen Xicotencatl y el de Tlacopan).

Escena V. El pájaro y la serpiente

Nezahualcoyotl queda en escena. La acción exterior, será pautada por música, cánticos y algún grito que sugiera distintos momentos del sacrificio gladiatorio. Nunca habrá griterío de muchedumbre sino, más bien, respetuoso e impresionante silencio. Vuelve a entrar Tlacaelel, que había pasado, siguiendo a Moctezuma.

Tlacaelel: Decididamente, no vas a entrar. Pero no quiero que tengas problemas. Pedí a Moctezuma que te eximiera de asistir, por esta vez. Comprendemos que la reciente pérdida de tu heredero...

- Nezahualcoyotl: Me das permiso para volver a casa.
- Tlacaelel: Yo no; Moctezuma te lo da.
- Nezahualcoyotl: (Burlón) ¡Ah!
- Tlacaelel: ¿Qué está pasando contigo? ¿Hasta dónde quieres llegar?
- Nezahualcoyotl: (Severo, se reasume en su dignidad de rey) ¿Cómo?
- Tlacaelel: (Bajando el tono) Es larga la lista de tus...
- Nezahualcoyotl: (Interrumpiendo) Infracciones.
- Tlacaelel: Digamos...desvíos, omisiones... en fin, cierto decaimiento del entusiasmo debido.
- Nezahualcoyotl: ¿Mala voluntad?
- Tlacaelel: ¡No! ¡Eso no! No lo permitiríamos. (Silencio) ¿A qué viniste?
- Nezahualcoyotl: ¡Al sacrificio gladiatorio!... Bueno, no. A hablar contigo, a ver si llego a conocerte mejor.
- Tlacaelel: Hace más de un atado de años que me conoces. Sabes todo sobre mí. Por otra parte, está todo a la vista.
- Nezahualcoyotl: Modesto , discreto, el hombre que nunca quiso ser rey. Dime, si sobrevives a Moctezuma,¿ aceptarás el título de tlatoani o lo rechazarás por tercera vez?
- Tlacaelel: “¿Qué soy yo? ¿En qué lugar estoy? ¿Cuánto juzgo y mando? ¿No hago señores y quito señores? ¿No visto los vestidos de los dioses y como dios, tomo el cuchillo y sacrifico hombres? ¿Qué más rey quieres que sea?”
- Nezahualcoyotl: (Sordamente) “Águila de garras amarillas / y alas poderosas”/. Eso eres.
- Tlacaelel: Vivo en la abundancia y la felicidad. Soy reconocido como el gran capitán de la guerra...
- Nezahualcoyotl: “Rapaz,/ operario de la muerte”/. Eso eres.
- Tlacaelel: ¿Porque coloqué al dios de la guerra en lo más alto, porque construí un templo máximo en su honor, porque organicé el ejército, militaricé a los mercaderes, forjé la Triple Alianza, porque conquisté el mundo?
- Nezahualcoyotl: Porque echaste de su casa al dios antiguo que no pedía más que el homenaje de la flor y el canto y lo suplantaste por un ídolo ensangrentado.
- Tlacaelel: ¿Flores y cantos? También me he ocupado de eso. ¿Olvidas que una de mis hijas es poeta? ¿Te olvidaste de cuando le pedí al derrotado señor de Cuitlahuac, doncellas para que bailaran y cantaran en nuestras

- casas de placer y jardineros —que ellos los tienen excelentes— para cubrir Tenochtitlán de flores?
- Nezahualcoyotl: So pena de arrasarle la ciudad. Es una extraña manera de adquirir cultura.
- Tlacaelel: ¿Y los libros? ¿No me he ocupado de eso también? ¿Cuánta mentira ha ido al fuego? ¿Cuántos nuevos libros con la nueva verdad se han pintado en Tenochtitlán y hoy se enseñan en las escuelas?
- Nezahualcoyotl: Pretendes dejar a los vencidos sin pasado, sin raíces, al viento, como semillas de cardo. Pero ahí te equivocas. La memoria existe.
- Tlacaelel: Yo los incorporo a nuestra historia. Les doy nuestro pasado y nuestro presente de gloria. Yo no destruyo al vencido. Lo convierto, lo persuado, lo integro y él asume la misión del vencedor.
- Nezahualcoyotl: ¿Qué misión?
- Tlacaelel: No preguntes necedades.
- Nezahualcoyotl: Contéstame, te lo ruego.
- Tlacaelel: De nosotros depende la vida del universo. De nosotros. De ti también.
- Nezahualcoyotl: Yo sólo quiero que mi gente viva feliz.
- Tlacaelel: Te has vuelto viejo.
- Nezahualcoyotl: Tú también. Viejo y muy rico. Tú y tus parientes poseen mucha tierra. Y palacios. Y honores.
- Tlacaelel: No me envidies. No es mía la culpa de que Tenochtitlán crezca y Texcoco quede en sus límites.
- Nezahualcoyotl: Así debe ser. Yo no siento que nadie me haya dado una misión. Es más. No creo que esa misión exista. Lo que sí, existe, es tu afán de conquistar pueblos que puedan pagarte montañas de tributos o que puedan llenar las cuatro calzadas de esta ciudad, desde la entrada hasta el Templo Mayor, con víctimas para el sacrificio. Y ¿qué haces con los otros? ¿En qué forma los mejoras, los proteges, les das felicidad? He visto a tus huestes violando, mutilando, incendiando; y el susurro de los abanicos de tus recaudadores de tributos entrando en las aldeas, paraliza el corazón de los ancianos. ¿Esa es tu misión?
- Tlacaelel: (Habla como a su pesar, con furia sorda, como recitando una lección a un alumno desaplicado). La caída de los cuatro soles. Este quinto sol de

- movimiento que nos alumbra. ¿Tampoco crees en eso?
¿Que los dioses tuvieron que inmolarsse para que echara a andar? ¿Que los hombres deben inmolarsse para que no se detenga? ¿Que deben fortificarlo con sangre para evitar el cataclismo? ¿No crees eso?
- Nezahualcoyotl: Y si los hombres deben inmolarsse, ¿por qué no dan el ejemplo, tú, tus hijos, los sacerdotes, los guerreros-águila, los guerreros-jaguar?
- Tlacaelel: Deliras.
- Nezahualcoyotl: ¿Por qué sólo sacrificas prisioneros, esclavos, niños pequeños, débiles muchachas? ¿Por qué los fuertes y poderosos no abren la marcha para salvar el mundo?
- Tlacaelel: No quieres entender. La implementación de esta idea, de esta mística guerrera, nos ha traído victorias nunca soñadas.
- Nezahualcoyotl: Las victorias hubieran venido igual. El fuerte brazo de Moctezuma, la índole fiera de los mexicas, tu genio de estratega, el apoyo de tus aliados, te habrían dado el imperio de todas maneras. Ahora, escúchame bien, te lo suplico. No sigas adelante. Detén las guerras floridas. No sigas desangrando a nuestros amigos de Tlaxcala, de Huetzocinco. Mira que los plazos del odio y del desquite suelen ser más largos que el tiempo de un hombre.
- Tlacaelel: Lo único que puede mantener sujeto a un imperio tan heterogéneo como éste, es el miedo. ¿Acaso tenemos fortalezas? ¿Ponemos autoridades aztecas en los reinos conquistados? ¿Tenemos guarniciones que mantengan el orden? No. Pero tenemos un ejército disciplinado, rápido, temible. ¿Y dónde se entrena este ejército? En las guerras floridas. Es imposible prescindir de ellas. Entiéndelo de una vez por todas.
- Nezahualcoyotl: Te olvidas que hubo una vez un imperio de paz en el Anahuac.
- Tlacaelel: ¿De qué hablas?
- Nezahualcoyotl: Teotihuacán.
- Tlacaelel: Un montón de piedras donde, no se por qué, a algunos locos, todavía, les gusta peregrinar.
- Nezahualcoyotl: Viajan buscando los rastros de unos hombres que vivían abismados en la luz, tratando de encontrar el ser primero, el término que los enraizara, que los salvara del puro acontecer, del movimiento incesante.

- (Pausa. Tlacaelel lo mira largamente)
- Tlacaeltl: Es cierto lo que dicen de ti.
- Nezahualcoyotl: ¿Qué dicen?
- Tlacaelel: “Que dentro de ti vive,
dentro de ti está pintado,
inventa, el Dador de la Vida,
¡príncipe chichimeca, Nezahualcoyotl!”
- Nezahualcoyotl: ¿A qué viene eso?
- Tlacaelel: Te admiro, primo. ¡Y desearía tanto que me entendieras! No presentes mal las cosas. Cada prisionero, es una estrella capturada. Su corazón debe ser ofrecido al águila divina para alimentarla y seguir en el combate. El pueblo azteca está del lado del bien y del orden; quiere que triunfe el bien sobre la tierra. Está del lado del sol, de la vida. No sólo sabe que el alma del guerrero que captura va a vivir junto al sol sino que este pueblo guerrero, reparte amor. Brindamos amor al prisionero cuando lo preparamos. El prisionero es un hijo muy querido ; a él todo se le da, hasta las caricias de las jóvenes vírgenes, la noche antes de su sacrificio. Y cuando sube las escalinatas del templo, va feliz, volando, ya fuera de este mundo, mientras siente en su interior el brebaje que le hemos hecho beber; y el sacerdote, lo sacrifica con gran respeto, sin odio, acompasándose a la grandeza del momento. Escucha, escucha ese silencio. El pueblo calla, reverente y piadoso...
- Nezahualcoyotl: (Después de una pausa) No autorizaré la quema de libros en mis ciudades ni habrá más sacrificios humanos en Texcoco. Que los sacerdotes de Huitzilopochli sepan que están en tierra extranjera y se contenten con venados o conejos para sus altares. Frente al templo de tu ídolo, mañana mismo comenzaré a levantar otro, con cuatro descansos, una torre altísima y nueve sobrados que representen los nueve cielos. No tendrá imágenes, ni sangre. Sólo instrumentos de música y un petate para sentarse a meditar y a orar, buscando en el corazón la verdad, el fundamento, la raíz. Asimismo, comunícale a tu rey, que Texcoco decreta tregua indefinida en las guerras floridas con Tlaxcala, Huetzocinco y Chollula.

- Tlacaelel: (Sorprendido y furioso) ¡Ten cuidado, Nezahualcoyotl! Digas lo que digas, el nopal seguirá dando sus frutos sangrientos. No podrás detenerlo.
- Nezahualcoyotl: Y tú, águila decrepita, seguirás encaramada en él, hasta la consumación de tu tiempo. Ya lo entendí.
- Tlacaelel: Te lo advierto: ¡No irrites al Terrible Señor! ¡No provoques al Flechador del Cielo!
- Nezahualcoyotl: Sabemos resistir, primo. Resistiremos.

Escena VI. Búsqueda de la flor

Esa noche, en Texcoco. La princesa Xochitl arrodillada, dando el frente al público. Nezahualcoyotl, llega por detrás. Al verla, sonrío, sorprendido.

- Nezahualcoyotl: (Su tono es dulce y liviano al principio). ¡Ah!, estás aquí. Te busqué por todos lados. (Ella no se mueve ni contesta) Si... (Recita sin ningún énfasis, muy naturalmente)
 “Me interné en el bosque de abetos azulados”...
 ¡Y no estabas!...
 “Me interné en el bosque de flores color llama”...
 ¡Y no estabas!
 Al volver de Tenochtitlán me dijeron que te habían visto en el palacio y salí a buscarte... Ahora te encontré y no me animo a tocarlo. ¡Hace tantos meses que estamos separados!
- Xochitl: Desde que comenzó el juicio a Tecaupinzintli.
- Nezahualcoyotl: Yo también lo lloro. Pero él quebrantó la ley. (Silencio)
 Ven a mí, como antes. Recuéstate sobre mi corazón; vamos a llorarlo juntos. Vuelve a ser mi amiga, mi aliada. ¡Mira los trabajos por los que estoy pasando!...
- Xochitl: He pensado mucho desde que murió. Pienso que su crimen fue castigo por aquel primer crimen que nos unió.
- Nezahualcoyotl: Aquel crimen fue sólo mío. Tu estabas muy niña. Las circunstancias cayeron sobre ti. ¿Qué otra cosa podías hacer que aceptar al rey que te pedía en matrimonio?
- Xochitl: Pude haber llorado a mi prometido. Pude haber llorado a aquel buen viejo que me había criado con afecto y respeto. Pero cuando lo mandaste a morir a manos de los tlaxcaltecas, presenté lo que pasaría y me alegré.

- Nezahualcoyotl: (Sincero) Yo lo lloré por ti. Buen gobernante, buen poeta, buen amigo. Pero nunca me arrepentí de aquella traición.
- Xochitl: No lo lloré. Desde que te vi llegar aquella noche a la casa, solo, cansado, sin compañía; desde que me atreví a levantar mis ojos hasta ti cuando me ordenaron que te sirviera a la mesa, sentí que el viento de la montaña me arrastraba y nunca más fui dueña de mi... Ahora me dicen señora mayor, he perdido a mi único hijo, comparto a mi esposo con decenas de concubinas. Pensé que el encierro entre las viudas era el mejor lugar para vivir. Por eso no me encontraste. Allí estaba.
- Nezahualcoyotl: La fuerza de mi brazo ha declinado. Tengo bastante más que un atado de años. Las concubinas están bien instaladas en sus casas; tienen tierras, criados, privilegios; son felices, aunque ya no las frecuente. Me dieron muchos hijos, algunos maravillosos; y estoy casando a mis hijas con hombres buenos y valientes. Pero mi casa, la casa real de Texcoco, sin ti, está vacía. (Silencio) (Con gran dulzura) Xochitl, estera verde, flor, tierra florida, tierra en la que se hunde el lucero, quédate conmigo. Déjame envolverte otra vez en mi manta. Hace falta que el cielo y la tierra se unan nuevamente para producir la flecha del tiempo.
- Xochitl: ¿Qué quieres decir?
- Nezahualcoyotl: Tú y yo necesitamos un hijo.
- Xochitl: ¿Qué dices? Las mujeres de mi edad no paren hijos.
- Nezahualcoyotl: ¿Acaso se ha marchitado tu flor roja?
- Xochitl: No es eso.
- Nezahualcoyotl: Entonces, nuestro amor hará el resto.
- Xochitl: ¿Quieres un heredero? ¿Y Eyahue? ¿Y tus otros hijos, maravillosos, como tú bien dices?
- Nezahualcoyotl: Te elegí de una vez y para siempre. Tú eres mi reina. Tú serás, si quieres, la madre del rey de Texcoco.
- Xochitl: Un hijo...
- Nezahualcoyotl: Antes de nuestro encuentro, ayunaremos y rogaremos al Dador de la Vida. Será como una nueva boda. Y, al cabo, nacerá el Príncipe Deseado, Nezahualpilli, el Señor del Ayuno (Silencio) Contéstame, Xochitl.
- Xochitl: Como siempre, lo tienes todo planeado.

Nezahualcoyotl: No todo. Cuando pienso en mi reino y en mi pueblo, pienso en un heredero, en un hombre más sabio y más fuerte que yo, que lo siga apartando, poco a poco, del camino de sangre. Un hijo legítimo, de una princesa mexicana, tiene muchas más posibilidades de llegar a reinar sin ser traicionado o combatido a muerte. Pero, cuando en las noches, en mi lecho vacío, repaso lo que fue mi vida y lo que es ahora, dejo de pensar y, sólo, te veo, Xochitl. Te veo salir de tus vestidos, resplandeciente, como la luna roja entre los pinos y de mis labios escapa una queja, un llamado penetrante que te invita. Pero tú no lo oyes, Xochitl. Has olvidado todo. Has olvidado el tiempo en que vivías como mi esposa, mi amiga, mi dulce alegradora... ¿Recuerdas? “Ave roja de cuello de hule; fresca y ardorosa mujer, criatura de maravilla! Sobre la estera de plumas azules y amarillas te veo erguida!”

Xochitl: Nunca había conocido a un hombre como tú; tan fuerte, tan alegre, tan dulce...

Nezahualcoyotl: “¡Oh, madre! ¡Dulce y sabrosa mujer, preciosa flor de maíz tostado!

Xochitl: La boca se me secaba. El aire se ponía a girar alrededor de mi cabeza. Y yo quedaba clavada al suelo, muda, esperándote.

Nezahualcoyotl: Ven conmigo, Xochitl. Ven conmigo ahora.

Xochitl: ¡Ah, otra vez! ¡El mismo temblor!

Nezahualcoyotl: (Abrazándola) Xochitl, Xochitl...

Xochitl: (Haciendo un esfuerzo se libera de su encantamiento) ¡No! (Pausa) ¿Por qué mi hijo no vuelve a casa? ¡Tú debes saberlo!

Nezahualcoyotl: (Apenado) ¡Xochitl!

(En ese momento interrumpen la escena voces alteradas que vienen de afuera)

Voces: ¡Señor! ¡Señor! ¡No! ¡Moxiu, no! ¡Padre! ¡Tlatoani! ¡Moxiutlaculzín! ¡Padre!

(Xochitl se aleja sin desaparecer de escena. Nezahualcoyotl la mira irse y, preocupado, se vuelve hacia los que llegan)

Escena VII. Noticias de Chalco

Entran, precipitadamente, la Hermana Menor, el Ministro, Azoquentzin y un campesino que oficia de mensajero. A este último lo traen casi a rastras.

Hermana menor: (Tirándose a los pies de Nezahualcoyotl) Señor, ¡tus hijos!

Nezahualcoyotl: ¿Qué?

Ministro: Señor, Moxiuhtlacuitlzin y su hermano menor...

Nezahualcoyotl: Si. Andan de cacería... ¿Qué pasa?

Ministro: Señor... hermano... No sé cómo decírtelo... Tuvieron un accidente.

Nezahualcoyotl: Pero, ¿cómo? Son cazadores expertos...

Azoquentzin: (Impulsivamente) No fue un accidente, padre. Sucedió que... (dando marcha atrás) los tomaron prisioneros.

Nezahualcoyotl: ¿Prisioneros? Pero, ¿dónde estaban?

Ministro: En la frontera con Chalco. Iban por el bosque buscando ocelotes. Quizás, hayan entrado en Chalco, sin darse cuenta.

Nezahualcoyotl: ¿Pero iban armados a guerra? No entiendo por qué los tomaron prisioneros.

Hermana menor: (Al mensajero) Habla; habla. Cuéntale a tu señor lo que viste. Señor, este hombre ha venido a marcha forzada desde Chalco. El fue testigo pero no hemos conseguido sacarle mucho.

Azoquentzin: ¡Habla de una vez o te golpeo de nuevo!

Mensajero: Señor... (Se le quiebra la voz)

Nezahualcoyotl: Tráiganle un jarro de agua... (La hermana va a buscar). Siéntate amigo... Descansa. No tengas miedo. Dime, ¿quién te envía? ¿Qué fue lo que viste?

Mensajero: (Bebe y, al recuperarse, se pone en cuclillas delante del rey. Es levemente tartamudo). Yo... yo... Yo mismo me envié. Al ver aquello dije: "el tlatoni tiene que saberlo" y eché a correr y no he parado.

Nezahualcoyotl: Está bien... hiciste bien. Ahora tranquilízate y cuéntamelo todo.

Mensajero: Prométeme, señor, que diga lo que diga, no te vas a violentar conmigo...

Nezahualcoyotl: Prometido, prometido.

- Mensajero: Mira que yo vine antes que ellos para que estés preparado. Ellos hablaron de desollar a tus hijos y mandarte la piel como presente.
- Nezahualcoyotl: ¿Qué? ¿qué dices? ¿quién se va a atrever a matar a mis hijos? ¿Los chalcas? ¿Cayeron en manos de los chalcas?
- Mensajero: Los chalcas son mala gente, señor. Sabían quiénes eran. Vieron muy bien que dos eran mexicas y dos de Texcoco. Vieron que eran principales. Por eso mismo los mataron.
- Hermana menor: ¡No!
- Nezahualcoyotl: ¿Los mataron? Pero, ¿ya los mataron? ¡Habla claro hombre!
- Mensajero: Señor, ellos mataron a los cuatro, seguramente, mientras dormían junto del fuego. Yo no pude avisarles... Si... Si... eso. Los muchachos no me hicieron caso. Yo había estado hablando con ellos la tarde anterior. Les dije que había guerreros chalcas por todos lados. Les dije que se alejaran de la frontera, pero no me hicieron caso. Al amanecer, vi pasar una patrulla rumbo al lugar donde acampaban y dije, ¡pobrecitos! Después, la vi pasar de nuevo, cargando los cadáveres.
- Nezahualcoyotl: Moxiu... ¡hijos!
- Azoquentzin: Espera, padre, espera. No puede ser. No dice la verdad. (Al campesino) Si estás mintiendo, ¡víbora, yo mismo te cortaré la lengua.
- Ministro: Pero, explícate. ¿cómo es que a ti no te hicieron nada? Tú no eres chalca.
- Mensajero: Los chalcas también son hombres, señor. Ellos me dejan entrar porque les vendo legumbres y maíz desde hace muchos años. Me conocen. Mi padre huyó de Texcoco cuando el tepaneca mató al tuyo, señor, y la familia se quedó por allá.
- Azoquentzin: Está mintiendo.
- Nezahualcoyotl: El no miente, Azoquentzin. Deja que nos hable del fin de tus hermanos.
- Mensajero: El fin... bueno... El fin-fin, todavía no les llegó. Ellos, ahora, están muertos, claro, eso sí, pero... están de pie... si, eso es, están de pie, parados.
- Hermana menor: ¿Qué está diciendo?

Mensajero: Señora, la cosa fue así. Cuando vi pasar de vuelta a los chalcas, me cargué al hombro una bolsa con elotes y me largué a seguirlos. Cuando llegamos al palacio del rey, vi que entregaban los cadáveres de los mexicas al jardinero principal, seguramente, para que los hiciera trozar y se los diera a las fieras que el rey tiene allí. Los otros dos cuerpos fueron introducidos en el palacio.

Nezahualcoyotl: ¿Qué pesadilla es esta?

Mensajero: Esa mañana volví a mi cabaña para no despertar sospechas, pero quedé tan intrigado como tú lo estás ahora. No sabía qué había pasado. Dos días seguidos me entré por el palacio buscando rastros de los cuerpos, hasta que, la tercera noche, pude verlos.

Nezahualcoyotl: Verlos, pero ¿cómo?

Mensajero: Si. Los habían embalsamado y puesto a los lados del trono con una antorcha en la mano como si fueran candelabros, ¿te das cuenta, señor?

(La Hermana menor se aparta y se acerca a Xochitl que sigue la escena desde lejos. Las dos mujeres se abrazan y quedan mirando al mensajero, fascinadas de horror).

Mensajero: El resplandor del fuego iluminaba sus rostros, tan jóvenes, que me vinieron ganas de llorar. Entonces vi entrar al rey, con mucha gente. Venían todos borrachos. Al verlos soltó una carcajada y empezó a bailotearles alrededor mientras te insultaba a ti, tlatoani y a Moctezuma. Yo me asusté mucho y no pude seguir mirando. Y me vine a avisarte. Perdóname, perdóname, por decirte todo esto.

Nezahualcoyotl: ¿Dices que se reía?

Mensajero: Si, señor.

Nezahualcoyotl: ¿Los miraba y se reía?

Mensajero: Si..

(Nezahualcoyotl se cubre la cara con las manos)

Ministro: (En voz baja, al campesino) Amigo, adentro te darán comida y un lugar para descansar. Ve. (Sale el mensajero).

Nezahualcoyotl: Mis dos niños...

Ministro: Hermano, mi querido hermano, ahora es cuando debes demostrar tu gran valor. La situación es grave.

(Nezahualcoyotl se encamina hacia una mesa donde hay un recipiente con hojas de maguey con puntas como agujas. Toma una de ellas y se hiere el antebrazo. La sangre corre por su piel. Se vuelve.)

Nezahualcoyotl: Parece que el Dador de la Vida se empeña en seguir jugando a los dados con nosotros.

Azoquentzin: (Se tira a los pies de su padre, abraza sus rodillas y llora) Padre, déjame ir a rescatar sus cuerpos... déjame ir.

Nezahualcoyotl: (Dirigiéndose a lo alto) ¡¿Acaso eres verdadero?! ¡¿Tienes raíz?!

Azoquentzin: (Insistiendo) Padre, déjame traerlos a casa.

Nezahualcoyotl: (Reaccionando) Levántate Azoquentzin. Hermano, envía mensajes a Tenochtitlán y a Tlacopan. Esta campaña no podemos hacerla solos. Cuarenta años hace que peleamos con los chalcas. Es hora de terminar con ellos.

Azoquentzin: Padre, padre, escucha. Hace algunas noches tuve un sueño.

Nezahualcoyotl: (Distraído) ¿Si? Dime.

Azoquentzin: Soñé que arremetía en medio del combate contra la tienda de campaña del rey de Chalco, entraba en ella y ¡le arrancaba el corazón!

Nezahualcoyotl: ¿Y después?

Azoquentzin: (Íngenuo) Y después los chalcas se rendían.

Nezahualcoyotl: (Serio y tierno a la vez). Así pasa en los sueños.

Azoquentzin: Por favor, señor... Déjame ir.

Nezahualcoyotl: (Mirándolo por un rato) ¿Y por qué no? ¿Quién puede decir lo que va a suceder? Ayuda a tu tío a reunir el Consejo de Guerra y después ve a aprontar tus armas.

(Azoquentzin queda mudo de sorpresa y entusiasmo. Va a agradecer y no puede. Saluda y sale).

Nezahualcoyotl: (Al ministro) Nuevamente, peleando juntos. Parece que cada vez que me quiero apartar de Moctezuma surge algo que me empuja hacia él. (Entra el Gran Sacerdote).

- G. Sacerdote: Señor, apenas saliste de Tenochtitlán llegó la noticia. Lo lamento profundamente. Pero tus hijos, seguramente, están en el sol, junto a Huitzilopochli. ¡Murieron como valientes guerreros!
- Nezahualcoyotl: No digas estupideces, murieron durmiendo. (Pausa). ¿Qué está pasando allá?
- G. Sacerdote: ¡Tenochtitlán hierve en preparativos! “Hay aurora de guerra en la ciudad”. Afuera esperan dos enviados de Moctezuma que vinieron conmigo.
- Nezahualcoyotl: Está bien. Puedes retirarte. No, ven aquí. ¿Estuviste sacrificando esta tarde en Tenochtitlán?
- G. Sacerdote: Sí, mi señor. El sumo sacerdote me dio la alternativa.
- Nezahualcoyotl: (Con asco) Báñate. Apesta. (Sale el sacerdote haciendo reverencias) Hermano, ve a reunir el Consejo de Guerra. Voy a poner al frente a mi yerno, el de Teotihuacán. Escucha, cuando termine la sesión del Consejo, todo quedará en sus manos. Como por unas horas yo no seré necesario, voy a salir de la ciudad.
- Ministro: Pero no solo.
- Nezahualcoyotl: Sí, solo.
- Ministro: Pero por lo menos, esta vez, es imprescindible que sepa dónde hallarte. ¿Vas a los jardines de Tetzozinco? ¿Adónde vas? ¿Al campo? ¿Al cerro de Tlaloc?
- Nezahualcoyotl: (Sonríe) No. Voy a las grutas de Texcoco. Al hogar de nuestros primeros padres.
- Ministro: ¿Para qué?
- Nezahualcoyotl: (Lo mira y no contesta) Haz entrar a los de México.

Escena VIII. Perdido en la noche

Nezahualcoyotl solo, en medio de una semi penumbra, en lo que sería una gran cueva donde hay fuego encendido sobre el cual, el rey está echando copal, parsimoniosamente. Las sombras juegan en el fondo de la caverna, formando figuras fantásticas con las que Nezahualcoyotl dialoga.

- Nezahualcoyotl: “Yo, Nezahualcoyotl, lo pregunto:
¿acaso se vive con raíz en la tierra?”
- Voz 1a.: “No para siempre en la tierra.
Solo un poco, aquí”.
- Voz. 2a.: “Aunque sea de jade se quiebra,
aunque sea de oro se rompe,
aunque sea de pluma de quetzal se desgarrar”.

- Voz 3a.: “No para siempre en la tierra.
Sólo un poco aquí”.
- Nezahualcoyotl: ¡Ah!, en esta noche,
“conozco lo secreto, lo oculto:
como una pintura nos iremos borrando,
como una flor nos iremos secando,
aquí, sobre la tierra.
Medítenlo, señores,
guerreros-águila,
guerreros-jaguar.
Todos desapareceremos,
¡nadie habrá de quedar!”
- Voz 1a.: ¡Así los palacios, los templos, los jardines,
Así tus mismos súbditos,
serán destruidos y deshechos,
cuando llegue el huracán de la muerte!
- Nezahualcoyotl: ¿Dónde están las sagradas cenizas / de nuestro primer
padre, Xolotl? / ¿Dónde los calientes carbones / de mi
querido y desventurado padre, Ixtlchochitl?/
Voz 3a.: “¿Adónde iremos / donde la muerte no exista?”/
Nezahualcoyotl: “¡Ah, si yo nunca muriera, / si yo nunca
desapareciera!”/
Voz 1a.: “¿Adónde iremos / donde la muerte no exista?”/
Nezahualcoyotl: Se que tú, Dador de la Vida, Dueño de la Cercanía y
la Proximidad, Noche y Viento, Tú, El que se está
creando a sí mismo,
“escribes con flores,
coloreas con cantos,
sombreas con cantos
a los que han de vivir en la tierra.
Vivimos sólo en tu libro de pinturas,
aquí, sobre la tierra.
Y luego, borrarás con tinta negra
lo que fue la humanidad, la comunidad, la nobleza”.
“¡Ah, si yo nunca muriera,
si yo nunca desapareciera!!!

(Pausa larga. Sobre la figura vencida de Nezahualcoyotl se oye la voz, muy íntima, de Xochitl. La tonalidad afectiva de luces y música comienza a cambiar hacia un amanecer).

Voz de Xochitl: “Mas, ¿por esto vivirás llorando?
Endereza tu corazón...” Recuerda cuando decías:
“Solamente las flores son nuestro abrigo,
solamente los cantos llegan al interior de la casa
del ave de plumas de oro”.
“Libro de cantares es tu corazón.
Has venido a hacer oír tu canto,
tañendo estás tu atabal”.
“Eres cantor:
ofreces flores,
tus flores perduran,
¡oh, príncipe Nezahualcoyotl!” (Como un eco, se
repiten estos versos)

(Sobre el fondo rojo de la entrada de la cueva, aparece Xochitl)

Nezahualcoyotl: “Por fin lo comprende mi corazón.
Escucho un canto,
contemplo una flor...
¡Que no se marchiten!
Voz 1a.: “¡Oh, ya llegó, ya está presente el cantor!”
Voz 3a.: “Tu atabal de jade,
tu azul y rojo caracol,
sigue tocando,
papagayo de gran cabeza!”

(Nezahualcoyotl inmóvil contempla a Xochitl que, lentamente, se va despojando de sus vestidos y resplandece como la luna)

Nezahualcoyotl: (Conmovido, pero con gran convicción)
“No morirán mis flores,
no cesarán mis cantos.
Yo cantor, los elevo,
se reparten, se esparcen!”
Voz 2a. (En tono también íntimo)
“¡Oh, ya llegó, ya está presente el cantor!”

(En el lento amanecer que viene, Nezahualcoyotl avanza hacia Xochitl.)

Epílogo I. La profecía.

Año 1467. En escena, humillado ante el rey, el Gran Sacerdote .. Junto al rey ,el Ministro.

Ministro: (Al rey) ¿Ves? Mientras tú rindes culto a tu dios desconocido...

Nezahualcoyotl: (Interrumpiéndolo) No es desconocido.

Minisitro: Estos terminan de edificar el templo a su sanguinario Huitzilopochli.

G. Sacerdote: Tlatoani, permítenos ir a Moctezuma y pedirle los prisioneros tomados a los tzonpancas y a los xillotzincas para consagrar el templo. Hemos llegado hasta la cumbre del edificio, gran príncipe y ha resultado elegante,armonioso de líneas, tal como lo merece nuestra bella ciudad.No te opongas a nuestro ruego, señor de Texcoco. Hemos dejado la piel de nuestras manos elevando esta piedra sagrada..

Nezahualcoyotl: Si, lo veo. Se levanta orgullosa frente a mi templo de nueve cielos donde concurro yo, alguno de mis hijos y unos pocos fieles más. A tu templo solo le falta bañarse en sangre para empezar a vivir.(Al Ministro) ¿ Qué puedo hacer?

Ministro: Puedes seguir negándote. Puedes ceder.No le opongas tu pecho a la marea , señor. Tú eres un buen constructor de diques, pero no eres el dique mismo.

Nezahualcoyotl: Al fin, será consagrado.....

Pero...(Mirando, intensamente, al sacerdote)

“En un año Ce- ácatl, como éste, se destruirá el templo

que ahora se consagra.

¿Quién se hallará presente?

¿Será mi hijo o mi nieto?

Entonces, vendrá a menos la tierra,

y se acabarán los señores;

el maguey pequeño y sin sazón será talado

los árboles darán fruto antes de crecer,

y la tierra defectuosa entrará en agonía.(Se detiene

fatigado.El sacerdote se levanta y se escabulle).

Ministro: Profetizas cosas extrañas.El príncipe Nezahualpilli crece sano y feliz. Tu pueblo te ama cada vez más.

Texcoco florece. Deja a esos locos y sigue tu camino

- Nezahualcoyotl: La niebla avanza sobre todos nosotros..
- Ministro: Visité el bosque de Chapultepec, invitado por Moctezuma. Su estatua y la de Tlacaelel se yerguen imponentes.
- Nezahualcoyotl: Pero los días del modelo llegan a su fin; Moctezuma está enfermo y no lo sabe.
- Ministro: Si . Me pareció distinto. Y el brillo de sus ojos asusta.¿Quién será el sucesor? ¿Aceptará Tlacaelel esta vez?
- Nezahualcoyotl: El niño Axayacatl .Por lo menos durante algún tiempo después de nuestra muerte, no habrá grandes empresas guerreras.Dos niños serán los señores del Lago. (Pausa) Voy a ver a Nezahualpilli. Solo mirándolo reir se calma mi corazón.

Epílogo II. La prueba.

Año 1472. Sintiendo cercano a la muerte, Nezahualcoyotl prueba el talento de su hijo Nezahualpilli, antes de nombrarlo heredero. Sala del trono. En escena, Nezahualcoyotl, el Ministro, Azoquenzin, Atotonzin, la hermana menor, y otros varios hermanos, hijos e hijas. Entre los hijos, se destaca el futuro tutor de Nezahualpilli y regente del reino. Entra Xochitl, llevando de la mano a Nezahualpilli, niño de siete años. Nezahualpilli, corre hacia su padre soltándose de la mano de Xochitl. Al llegar a una cierta distancia se detiene y se agacha haciendo la reverencia nahuatl .En una de sus manos lleva un pequeño juguete de madera que representa una serpiente emplumada sobre ruedas, con la que jugará luego, solo visto por el espectador.

- Nezahualpilli: (Musita, formalmente.) Padre y señor....
- Nezahualcoyotl: Ven acá , pimpollo, el más pequeño de todos.Hoy es un día lleno de promesas para mi.¿ Ves a tus hermanos mayores, a tus tíos y tías, reunidos aquí?
- Nezahualpilli: Si, señor, los veo.
- Nezahualcoyotl: Han venido a presenciar tu prueba.
- Nezahualpilli: ¿Qué es eso?
- Nezahualcoyotl: Voy a poner a prueba tu talento. Quiero saber si cuando seas grande, vas a ser capaz de gobernar este reino.
- Nezahualpilli: (Extrañado) Pero si yo gobierno el reino,tú, ¿en qué vas a trabajar?

- Nezahualcoyotl: Creo que muy pronto, voy a emprender un largo viaje.
- Nezahualpilli: (Lo mira con gran seriedad por un instante) ¿Te vas a morir?
- Nezahualcoyotl: Es posible.
- Nezahualpilli: Pero si tú te mueres yo no voy a parar de llorar. ¿Como voy a gobernar llorando?
- Nezahualcoyotl: No va a ser de esa manera.. (Lo besa) Pero ahora te vas a meter aquí , debajo de mi manto. Van a entrar dos señores muy importantes. Vienen a saludarme. Escucha con atención lo que digamos porque cuando se vayan te voy a preguntar lo que dijeron.¡Y no te muevas! No quieren que te vean.
- Nezahualpilli: (Desde abajo de la tela) ¡Me ahogo! ¡Quiero salir!
- Nezahualcoyotl: (A Xochitl) Levanta un poco la tela por detrás. Y haz que se quede quieto!
- Xochitl: Dame el juguete.(A Nezahualpilli)
- Nezahualpilli: ¡No! (Se cubre rápidamente con el manto de su padre pero deja afuera un bracito y la mano con la que sostiene el juguete y juega de a ratos.)
- Nezahualcoyotl: Hazlos pasar.
- Ministro: ¡Adelante! El príncipe Nezahualcoyotl se complace en recibir a los reyes aliados. (Los dos señores que entran son muy jóvenes.).
- Emperador: Mi querido señor! Nos llegó la noticia de tu quebranto de salud y hemos querido venir personalmente a desearte pronta mejoría.
- Nezahualcoyotl: Gracias, Axayacatl, es un inmenso honor el que me haces.
- Emperador: Nunca olvidaremos la felicidad que llevaste al gran Moctezuma la tarde en que lo visitaste poco antes de morir.
- Nezahualcoyotl: Si. Recuerdo que compuse, para él, un poema que, rápidamente, aprendieron los artistas de tu corte; aquella misma tarde lo cantaron y bailaron con notable perfección ante nosotros. Fue hace varios años .Tú,Axayacatl, eras niño aún.
- Emperador: Señor, vine a pedirte,por todos nosotros, que esfuerces una vez más tu corazón. Mira que ya Moctezuma y el viejo Señor de Tlacopan, se han ido y nos han dejado huérfanos. Ahora, sólo nos quedas tú..... (La voz se le quiebra en un sollozo que disimula , apartándose.)

- Nezahualcoyotl: Axayacatl, no te escondas para llorar. Eres el rey más poderoso de la tierra y esas lágrimas que viertes por un viejo amigo enfermo, te hacen más fuerte aún. Pero no te entristezcas, príncipe.
“Aquí en la tierra,
nos hacemos amigos,
sólo por breve tiempo.
Nos conocemos mutuamente,
sólo por breve tiempo.
Solamente, estamos aquí,
como prestados unos a otros.”
- Emperador: (Reponiéndose) Perdón, señor. Pero mi preocupación va más allá. He visto en sueños en el trono de Texcoco, a un mísero niño tembloroso, acechado por dardos traidores. Lo he visto estremecerse cual pluma y desaparecer.
- Nezahualcoyotl: Has visto mal. La incertidumbre te nubla los ojos. ¿Temes por la Alianza? En otros momentos y por causa de los excesos sangrientos de tu pueblo, la Alianza estuvo a punto de quebrarse. La discrepancia sigue en pie y confío en que, quien me suceda, siga atrayendo a los mexicas a la causa de la paz. Pero hoy, Texcoco ha aprendido que a pesar de las grandes diferencias que hay entre nosotros, la Confederación de los reinos es lo único que nos asegura la supervivencia, porque desanima a los enemigos.
Entonces,
“¿Qué? ¿por mi ha de cesar
la sociedad?
¿Qué? ¿por mi ha de cesar
la hermandad?
Levántate, Chimalpopoca, señor de Tlacopan. Llevas el nombre de un valiente guerrero. Aunque enemigo, siempre admiré su grandeza. ¿Qué tienes que decirme?”
- Sr. de Tlacopan: Mi gente está apesadumbrada por las noticias que nos llegan sobre tu salud. No sé lo que pueda pasar, pero vengo a traerte una palabra de tranquilidad. Tlacopan nunca dejará de ser tu aliada, pase lo que pase.
- Nezahualcoyotl: Gracias, jóvenes amigos. Acérquense más. Quiero pedirles algo. (En voz más baja) Quizas, muy pronto,

un niño sea jurado como señor de Texcoco. Mis muchos hijos han aprendido de mí, lecciones de prudencia y justicia. No dañarían a su hermano. Pero, de todos modos, si alguien intentara abusar de su debilidad para suplantarlo, les suplico que intervengan como primos solícitos en favor del príncipe.

Emperador: No dejaré que eso pase, señor. Tienes mi palabra.

Sr. de Tlacopan: Y la mía. Lo defenderé con mi vida, si es preciso.

(Nezahualcoyotl, emocionado, abraza a los señores, que se retiran enseguida. Durante las últimas palabras que fueron dichas en voz baja, Nezahualpilli ha salido de su escondite y, tirado en el suelo, hace rodar la serpiente, aparentemente ajeno a lo que está sucediendo.)

Nezahualcoyotl: (Levanta el lado del manto donde se supone que está el niño y no lo encuentra) Pero, ¿dónde se metió? (La corte ríe)

Xochitl: Nezahualpilli....

Nezahualpilli: ¿Madre?

Xochitl.: Inclínate ante tu padre.

(Nezahualpilli lo hace manteniendo siempre fuertemente apretado su juguete) Si, señora.

Nezahualcoyotl: ¿Qué llevas ahí?

Nezahualpilli: Una serpiente con plumas.

Nezahualcoyotl: ¿Sabes qué representa?

Nezahualpilli: No, señor.

Nezahualcoyotl: ¿Y por qué te gusta jugar con ella?

Nezahualpilli: Porque se mueve muy rápido. Porque tiene esto, ¿ves? (Muestra las rueditas).

Nezahualcoyotl: ¿Podrás dejarla mientras conversamos?

Nezahualpilli: No me gustaría, señor.

Nezahualcoyotl: Está bien. ¿Oíste lo que hablamos?

Nezahualpilli: No, señor.

Nezahualcoyotl: (Disgustado) ¿No?

Nezahualpilli: Me han dicho que es mala educación escuchar conversaciones ajenas

Nezahualcoyotl: Pero yo te lo ordené; habla sin temor.

Nezahualpilli: ¿Y cómo se que no me vas a castigar, después? Tú dijiste que era una prueba.

Nezahualcoyotl: Si. Es una prueba. Quiero saber si entendiste lo que conversé con esos señores.

- Nezahualpilli: Ah, ¡eso sí!... (Refiriéndose al juguete, que hace rodar)
Mira , ¿ves?, anda muy rápido.
- Nezahualcoyotl: Y ¿bien?
- Nezahualpilli: El del aderezo de plumas, estaba muy triste, y dijo que no quería quedar huérfano de tres padres, pues ya lo era de dos. ¿Cómo puede uno quedar huérfano de tres padres?
- Nezahualcoyotl: ¿Y qué dijo el otro?
- Nezahualpilli: El otro me pareció un rey muy poco importante. No llevaba aderezo de plumas.
- Nezahualcoyotl: Yo tampoco lo llevo. ¿Piensas que soy poco importante?
- Nezahualpilli: Tú eres mi padre.....¿ Para qué queremos un aliado poco importante?
- Nezahualcoyotl: El es una de las tres patas del banco sobre el cual estamos sentados y que se llama Alianza .Si falla cualquiera de las patas, el banco se cae.
- Nezahualpilli: ¿Y eso es muy malo?
- Nezahualcoyotl: Si.
- Nezahualpilli: (Piensa , mirando fijamente a su padre.) Entonces... Ellos nos ayudan.... nosotros los ayudamos a ellos. Si uno falta, los otros
- Nezahualcoyotl: Quedan más débiles y los pueden destrozar los de afuera.
- Nezahualpilli: Si; creo que voy a aceptar al Señor de Tlacopan. Pero, dime, padre, los de Tlacopan ¿ no fueron los que mataron al abuelo?¿ Y te andaban buscando para matarte a tí?
- Nezahualcoyotl: Si. Pero recibieron una buena lección y después, nosotros los perdonamos.
- Nezahualpilli: Yo nunca los hubiera perdonado.
- Nezahualcoyotl: Si, perdonarías. Y tratarías de hacerlos amigos. Sobre todo, si sus tierras, fueran un camino para entrar a Texcoco
- Nezahualpilli: (Piensa) Está bien. Acepto al señor de Tlacopan para que el banco no se caiga. Pero ¿ sabes un cosa, padre? Si un día se llegara a caer, no me gustaría estar sentado encima.

(La corte rie. Nezahualcoyotl, con esfuerzo, toma en brazos a su hijo.)

Nezahualcoyotl: Consejeros del reino, hijos, hermanos, Xochitl, esposa querida: Quiero que hoy, ya, sin más ceremonia, porque siento que el tiempo se me acorta, juremos a este infante, cuyo nacimiento fue bendición y milagro, como nuestro legítimo príncipe y señor natural, pues aunque niño, ha demostrado ser sabio y prudente y sabrá mantener a este pueblo en paz y justicia. A él obedecerán todos, lealmente, sin apartarse un punto de sus mandatos y voluntad.

Ven acá, Acapioltzin, hijo mío, toma esta carga tan preciada que mis brazos ya no pueden sostener. (Deposita el niño en brazos del hijo mayor.)

Te he observado atentamente y tu lealtad, tu sagacidad, tu maduro consejo, te han hecho merecedor de la tarea que voy a darte. Desde hoy harás el oficio de padre que yo tuve con el príncipe, tu señor, a quien enseñarás para que viva como debe y, debajo de tu consejo, gobierne, hasta que por sí mismo pueda regir y gobernar. (El hermano lo deposita en el suelo)

Amigos, juremos, solemnemente, como príncipe heredero de Texcoco al deseado Príncipe del Ayuno, Nezahualpilli e invoquemos sobre él la protección de Quetzalcoatl.

(La corte entera se inclina y dice: "Juramos")

Xochitl, llévate el niño para que juegue con sus sobrinos, que lo están esperando, y, después, que vuelva al calmecac, a seguir estudiando. (Sale Xochitl llevando a su hijo)

Azoquentzin, mi hijo guerrero: tú aunque joven, presides el Consejo de la Guerra. Quiero que me prometas defender a tu hermano, si fuera necesario, con la misma fiereza con la que, siendo casi un niño, arrancaste el corazón al verdugo de Chalco. Y a tí, mi queridísima Atotontzin, mi hermana menor, voy a encargarte un trabajo que cumplirás, si me amas. (Silenciosamente, vuelve Xochitl)

Sin tener cargo oficial alguno, pues eres mujer, te pido que veles, cerca del Consejo de la Música y las Ciencias para que, en Texcoco, siga habiendo reuniones de poetas y príncipes que eleven sus cantos al ave de plumas de oro.

Pero cuida, también, que no cesen los trabajos de los plateros, de los que tallan las piedras preciosas, de los que entretejen las plumas, de los pintores, de los escultores, de los que trabajan el barro con sus manos, y de los que interrogan a los astros del cielo, para que nuestros descendientes puedan gozar de la belleza espléndida de nuestras obras y aprovechar nuestros conocimientos.

Y, ahora, parto a prepararme para mi viaje. Quiero que solamente Xochitl me acompañe en mis últimas horas. Pero apenas traspase esa puerta, hasta que muera, y mucho más aún, cuando ya esté viajando rumbo al lucero del alba, quiero que me acompañen cantos y sonidos de alegres bailes para que nadie encuentre flaqueza de ánimo en mi familia ni en mi pueblo y los enemigos sepan que uno solo de ustedes es bastante para sujetarlos. Adiós, hijos queridos. Vamos, Xochitl. (Se retiran ambos. Los que quedan, comienzan un baile, lento y desganado, al principio; todos han quedado apesadumbrados y llorosos. De pronto, Azoquentzin arranca con el ritmo vigoroso de "Ponte de pie" y los cantores y bailarines se animan.)

Azoquentzin: "¡Amigos míos, de pie!
¡Golpeen el tambor!
Yo soy Nezahualcoyotl,
soy el cantor,
soy papagayo de gran cabeza.
Toma tus flores y tu abanico
¡ Con ellos ponte a bailar!
Tú eres mi hijo,
tú eres Yoyontzin
¡Hágase el baile,
comience el canto!
¡Ah nican tochan,
ah nican tinemizque,
tonyaz ye yuhcan.!"

Epílogo III. ¿Final?

Poco a poco las figuras de baile se van convirtiendo en la larga fila de indios, del principio, que cantan la “Canción de la huida” mientras se encaminan a la salida.

Coro de indios: “Za zan nonopechteca
zan nictolotiniemi
in tenahuac.
Zan ye ica nichoca,
¡nicnotlamati!.....”

Las voces se van apagando a medida que salen del escenario. En off, una voz, dice:

Voz del Futuro: “No morirá la flor de la palabra... Podrá morir el rostro oculto de quien la nombra hoy, pero la palabra, que vino del fondo de la historia y de la tierra ya no podrá ser arrancada por la soberbia del poder... La luz será mañana para los más: para todos aquellos que hoy lloran la noche... para quienes está prohibida la vida. Para todos la luz; para todos, todo.”

FIN.